

## UN LLAMADO IRRESISTIBLE, PARTE II



*Nota del editor: Richard estaba jugando con su hermano mayor cuando accidentalmente rompió el hermoso vidrio de la puerta principal de su casa. Aterrado por la reacción de su padre, Richard le rogó a Dios que cuando su padre volviera no estuviera molesto.*

Cuando llegó, mi padre vio la puerta con el vidrio roto. Enseguida, preguntó:

—¿Quién hizo esto?

—Yo —le respondí.

Luego preguntó:

—¿Estás herido? ¿Estás bien?

Seguidamente, dijo que lo importante era que yo estaba a salvo e ileso. Dijo que el vidrio no era importante, pero que yo sí lo era. Su reacción me sorprendió mucho, y fue una respuesta directa de Dios. A partir de ese momento, estaba absolutamente seguro, sabía en un ciento por ciento, que Dios existe. Esta experiencia sucedió cuando yo tenía diez años, y desde entonces nunca cuestioné la existencia de Dios.

### LA EXPANSIÓN DE LA SINAGOGA

Como los negocios de mi padre iban muy bien, pudimos comprar una casa en Villejuif. Cuando nos mudamos, mi padre le explicó al dueño de la propiedad donde habíamos vivido que la experiencia de la sinagoga había sido excelente, y que si nos dejaba quitar una pared para unir los dos departamentos podríamos tener una sinagoga más grande. El propietario amablemente accedió, y así nació oficialmente la sinagoga de Villejuif.

Un año después, hice mi Bar Mitzvá y también el curso del Talmud Torá, donde aprendí hebreo, oraciones, rituales, las fiestas judías y las Escrituras. Como teníamos libres los jueves y los domingos en la escuela, todos los niños judíos de Villejuif íbamos a la sinagoga a fin de prepararnos para el Bar Mitzvá. Bar Mitzvá significa “Hijo del mandamiento”. Yo tenía doce años.

### CONOZCAN “AL JUDÍO”

Yo continué mi vida con mis amigos gentiles en la escuela pública. Uno de ellos venía de una familia adventista, pero yo no lo sabía en el momento. Su nombre era Emmanuel. Su padre se llamaba Manuel y su madre Manuela. Eran españoles, de Barcelona.

Un día, un grupo de nosotros fue a la casa de Emmanuel. Cuando llegamos, Emmanuel me presentó a sus padres como “el judío”. A mí me pareció raro, porque él nunca

me había presentado antes de esa manera. Su padre se interesó mucho en mi procedencia. Más tarde, descubrí que a Manuel le gustaba mucho la actividad misionera. Nadie podía salir de su casa sin recibir material cristiano. Antes de convertirse en adventista, este hombre había sido un comunista activo que buscaba convertir a todo el mundo al comunismo.

—Entonces eres judío, qué interesante —me dijo—. ¿Sabías que nosotros somos judíos espirituales?

—¿Cómo es eso? —le pregunté—. Nunca he oído hablar de judíos espirituales. Sé de católicos, protestantes, incluso de Testigos de Jehová; pero nunca oí hablar de judíos espirituales.

—Sí —respondió Manuel—. Aquí puedes estar tranquilo. Incluso comemos alimentos *kosher*.

Ellos no eran vegetarianos, pero siempre iban al mercado *kosher* de París para comprar sus carnes y otros alimentos.

—Y mi familia guarda el sábado —añadió.

Me sentí intrigado, pero para ese momento no estaba muy interesado en religión. Sin embargo, cada vez que iba a su casa, Manuel me mostraba algunos textos de la Biblia. Yo le decía:

—Su Biblia no es como la mía. No está correcta.

Pero él me respondía:

—Si quieres, puedes comprobarlo con tu propia Biblia.

Hice lo que me dijo: comparé su Biblia con las Escrituras judías, y vi que eran el mismo libro. Sin embargo, no pensé más en ello.

Pasó un año, y comencé a salir con Lilliane, la hija de Manuel. Él no estaba muy

feliz con lo que estaba pasando, pues quería que su hija se casara con un adventista. Sin embargo, continuó su obra en mí.

Un día, me preguntó:

—¿Por qué no vienes a nuestra iglesia para que veas cómo es?

Yo acepté su invitación.

Así que, el sábado en la mañana, cuando mis padres pensaron que me iba a la escuela, me fui a la iglesia adventista. El programa de Escuela Sabática me pareció muy interesante. El maestro era hijo de un pastor adventista que había sido el presidente de la obra en Israel unos años antes. Había vivido en Israel, sabía hebreo y conocía muy bien su Biblia. Me gustó escuchar la lección, así que le dije a Manuel que me había gustado y que iría de nuevo. A partir de ese momento, empecé a ir a la iglesia adventista en lugar de la escuela los sábados. Pero mi padre seguía creyendo que yo estaba en la escuela.

## DE GOLPE, LA REALIDAD

El Espíritu Santo trabajó progresivamente en mi corazón, y me fue llevando paso a paso. Entonces, sucedió algo terrible. El padre de Lilliane era electricista, y reparaba ascensores. Un día en el trabajo, de repente se sintió mal, perdió el equilibrio y cayó por el hueco del ascensor. Gravemente herido, fue trasladado a la sala de emergencias, donde murió más tarde.

Para mí, fue un golpe terrible. Manuel era joven y fuerte; solo tenía 47 años y era un fiel creyente en Cristo. Esta experiencia me ayudó a tomar más en serio mis ideas sobre la vida y la muerte.

(Continuará.)